LAS
MÁQUINAS DE COSER.

PIEZA DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

CEFERINO TRESSERRA.

Estrenada con estraordinario aplauso en la noche del 10 de agosto de 1876

EN EL

TEATRO DEL BUEN RETIRO DE BARCELONA.



BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LUIS TASSO,
CALLE DEL ARCO DEL TEATRO, NÚMEROS 21 Y 23.
1876.

ENVIOS A PROVINCIAS
POR MAYOR Y MENOR
NARCISO DOMENECH NADAL
PRECIO FIJO
PRECIO DE FABRICA
MAQUINAS PARA COSER
MAQUINAS PARA HACER CALCETA
CASTELUCHO
LLOPIS

LAS MÁQUINAS DE COSER.

PIEZA DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN VERSO,

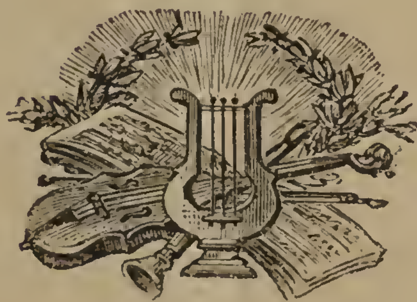
POR

CEFERINO TRESSERRA.

Estrenada con estraordinario aplauso en la noche del 10 de agosto de 1876

EN EL

TEATRO DEL BUEN RETIRO DE BARCELONA.



BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LUIS TASSO,
CALLE DEL ARCO DEL TEATRO, NÚMEROS 21 Y 23.
1876.

AL SR. D. JOSÉ RUBAU DONADEU.

En testimonio de sincero afecto y profundísimo cariño, dedica esta pequeña produccion dramática,

su invariable y reconocido amigo

El Autor.

PERSONAS.

MARÍA	18 años.		**Srta. D.ª Angelina Moya.**
INÉS.	20	» .	**Srta. D.ª Josefa Moya.**
D.ª ENRIQUETA.	30	» .	**D.ª Enriqueta Echenique.**
D. DIEGO.. . .	70	» .	**D. Gregorio Alentorn.**
BALTASAR. . .	35	» .	**D. Federico Fuentes.**
ROBERTO. . .	22	» .	**D. Rafael Ribas.**
D. JUAN. . . .	33	» .	**D. Miguel Pigrau.**
UN CRIADO.			**D. N. N.**

El asunto en Barcelona y época presente.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una habitacion pobre.—Puerta en el fondo y á cada lado del escenario.—Sillas, camapé, una mesa arrimada á una de las paredes con pequeño espejo encima.—Un costurero ó velador á la derecha con una canastilla vacía.—Todo lo más humilde y pobremente posible.—Una ventana practicable á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA.—INÉS: *ambas sentadas junto al velador donde no habrá costura alguna.*

MARÍA. No viene, tienes razon,
y me aflije su tardanza.
¡Pobre padre!...

INÉS. Ten confianza,
María, por compasion.
Ya vendrá; yo tengo fé
en que si así se retrasa
es que ha de volver á casa
más dichoso que se fué.

MARÍA. Se fué llorando.

INÉS. Sí, hermana:
mas tal vez venga contento
si tiene algun fundamento
lo que dijo esta mañana.

MARÍA. ¿Lo del sueño?

INÉS. ¿Por qué nó?
¡Nuncios eran bien risueños!

MARÍA. Yo no hago caso de sueños.

INÉS. Tampoco hago caso yo.
Mas recuerdo la alegría,
la emocion y acento grato

que al hacernos su relato
nuestro buen padre sentía.

MARÍA. Oye el náufrago en su anhelo
siempre una voz que le grita:
¡Confía! ¡espera!...

INÉS. ¡Bendita
sea esta voz de consuelo
si ella amengua sus rigores,
si sus penas aletarga!...

MARÍA. Nó, Inés, nó; su muerte amarga
y hace sus instantes peores.

INÉS. Pues á mí con recordar
sólo el sueño de mi padre,
María, aunque no te cuadre
me siento el alma alegrar.
¿No te parece aún oïr
con qué acento entusiasmado
díjonos haber soñado
nuestro comun porvenir?...
Contó que esta estancia fria
que sólo el dolor presagia,
como por arte de mágia
en Eden se convertia;
que un génio resplandeciente
por estas puertas entraba,
se iba, volvia y dejaba
de oro y perlas un torrente;
que una inmensa profusion
de encantadores reflejos,
de luces, flores y espejos
inundaba esta mansion,
y entre nacaradas nubes
que alzábanse en espirales,
mil mujeres celestiales,
mil fantásticos querubes,
cerníanse en todas partes
por los aires diamantinos
entonando himnos divinos
al trabajo y á las artes:
y así cual brotan ufanos
los verjeles tiernas flores
diz que brotaban primores
de aquellas ebúrneas manos,
y que no igualaba el viento
al afan con que las tres,
tú, padre, y yo...

MARÍA. Basta, Inés;
olvida, olvida este cuento.
INÉS. ¿Por qué, si el cuento me agrada
y sé que no es otra cosa
que una alegoría hermosa
de la fé recompensada?
Figúrate que es verdad,
que viene padre querido
y nos dice conmovido:
«¡fué mi sueño realidad!
»Labor os traigo sin tasa,
»ya he conseguido costura,»
y que entra así la ventura
por las puertas de esta casa!...
MARÍA. ¡Ay, Inés; sueñas despierta!
INÉS. Pues bien: déjame soñar.
MARÍA. Lo que veremos entrar
por el umbral de esta puerta
es...
INÉS. Presentimiento vano.
MARÍA. Una ilusion más perdida;
otra esperanza fallida
en el pecho de un anciano.

ESCENA II.

Las mismas.—D. DIEGO *que entra en actitud triste y decentemente vestido.*

MARÍA. ¡Mira!... (*Señalando á D. Diego*).
INÉS. ¡Padre!
D. DIEGO. ¡Hija amada!
¡Tengamos resignacion!
MARÍA. Bien mi triste corazon
me lo decia...
D. DIEGO. ¡Ay!... ¡Nada!
De tienda en tienda corrí,
puerta por puerta llamé
y en ninguna parte hallé
quien se apiadara de mí.
Cual mendigo ruboroso
que triste á implorar se humilla
desde el patio á la buhardilla

algun consuelo piadoso.
así con afan ardiente
en lo más alto y más bajo
fuí demandando trabajo,
mas ¡ay!... ¡todo inútilmente!
¡Las causas!...

MARÍA. ¿A qué mentarlas?

D. DIEGO. Cierto; no lo necesito.

MARÍA. ¡Las máquinas!...

INÉS. ¡Oh! ¡Maldito
quien se le ocurrió inventarlas!

D. DIEGO. Hoy de la labor á mano
no se puede ya vivir.

MARÍA. ¡Y no hemos de maldecir
nuestro destino inhumano!...

D. DIEGO. Así y todo, á Dios pluguiese
para endulzar nuestras penas,
que ahora mismo á manos llenas
vuestro padre os lo trajese...
Mas ya no cabe esperanza,
y en tan triste situacion
una cruel revelacion
debo haceros sin tardanza,
que nunca un mal viene aislado
á parar en su camino
á aquel que elige el destino
por juguete malhadado.

INÉS. ¡Padre mio!

MARÍA. No te aflijas.

D. DIEGO. Como ¡ay! no he de aflijirme.
si acaban de despedirme
de esta casa...

INÉS. ¡Cielos!

D. DIEGO. Hijas:
hoy sin luz, ni pan, ni lumbre
para alentar nuestro duelo;
mañana, ni aun el consuelo
de esta mísera techumbre.
¡Cuán horrible es mi vejez!

MARÍA. No, padre, somos honradas
y aun hay almas que apiadadas
se muestran á la honradez.
Voy á salir sin demora.

INÉS. Yo tambien.

D. DIEGO. ¿Salir? ¿Y á dónde?

MARÍA. A cumplir cual corresponde

con el sér que el alma adora.
Sabes que una amiga fiel
tengo...

D. Diego. ¿La Camposagrado?

María. Sí.

D. Diego. María, la he cansado
muchas veces...

María. ¡Suerte cruel!

D. Diego. Perdon, si sin sospecharlo
tú...

María. ¡Padre!

D. Diego. Nada nos queda.

Inés. Sí; mi vestido de seda
que es nuevo y... corro á buscarlo.

María. Tambien yo.

D. Diego. ¡Vuestros vestidos!
¡Ay, hijas mias!... ¡Mirad! (*Se saca del bolsillo unos papeles que cogen María é Inés y los examinan*).

Inés. ¡En el monte de Piedad!

D. Diego. Sí; los que no están vendidos.

María. No importa; tu pena calma:
pronto me verás volver. (*Hace ademan de irse*).

D. Diego. ¿Dónde vas?

María. A obedecer
los impulsos de mi alma. (*Váse, poniéndose ántes la mantilla que sacará del cajon de la mesa*).

Inés. Por esta misma razon
voy á salir...

D. Diego. ¡Hado impio!
¿tú tambien?

Inés. Sí, padre mio;
me lo manda el corazon. (*Váse haciendo lo mismo que María*).

ESCENA III.

D. DIEGO *solo.*

D. Diego. Si es cierto que allá en el cielo
donde la virtud reposa,
ven las almas este suelo,
tú, que fuiste mi consuelo,
mira mi suerte angustiosa.
Mira con ojos clementes

desde la mansion serena
do moran los inocentes,
á tus hijas, que dolientes
viven muriendo de pena...
¡Ellas, ¡ay! en su orfandad!
¡yo en mi viudez sin ventura!
¿Por qué el cielo no conjura
el rigor de su impiedad,
abriendo mi sepultura?
(*Cambiando de tono*).
Solo aquí, me causo miedo;
la noche extiende su manto,
y ni aun luz encender puedo...
En este recinto ledo
me causo á mí mismo espanto.
¿Qué he de hacer? ¿A quién llamar?
¿Por qué salieron las dos?...
¡Ah!... por ellas, sin tardar,
yo tambien ¡á mendigar
una limosna por Dios! (*Váse*).

ESCENA IV.

BALTASAR *que entra por la ventana de la izquierda; luego* MARÍA.

BALTASAR. Me convida la ocasion
y es oportuno el instante.
No hay nadie; se fueron todos
uno tras otro á la calle.
¿Dónde pondré mi misiva (*Sacándose una carta del bolsillo*).
que ella la encuentre cuanto antes?
Si en esta mesa la dejo
pueden Inés ó su padre
verla primero, y entonces
todas mis cuentas al traste...
¿La dejaré en la cestilla
de la labor?... Nó; más vale
—ya que ahora puedo elejir
el sitio que más me cuadre,—
dejarla en su propia alcoba,
y por más asegurarme
sobre la mesa de noche;
que cuando vaya á acostarse
se la encuentre, y sin demora,

pueda, si quiere... ¿quién sabe?
¡Yo loco de amor estoy,
y ella gime miserable!
Ya que me brinda la suerte...
¡Baltasar, no te acobardes! (*Váse por la puerta de la derecha*)

MARÍA. (*Entrando con algunas velas apagadas en la mano*).
¡Padre! ¡padre!... ¡Oh, no está!
En sus penas delirante
sin duda tras de nosotras
salió el infeliz... No caben
más saña ni más rigores,
ni es posible que batalle
con tanta ira la fortuna
contra nadie, como hoy lo hace
contra ese padre doliente
que es el mejor de los padres...
¡Ah! Desvanezcamos pronto
estas tinieblas mortales,
ya que una honrada vecina
estas bujías prestándome,
me prestó, ¡Dios se lo premie!
favor para mí tan grande...
(*Enciende una vela y despues de una pausa*).
¡Cuán adorable es la luz,
aunque refleje en la imágen
del dolor y la miseria
más triste y más miserable!...
Y ahora, Dios mio, valor;
salgamos pronto á la calle,
que la fortuna me ayude.
Sin vacilar, ¡adelante! (*Va á salir y llega sólo hasta la puerta*).

ESCENA V.

BALTASAR.—MARÍA.

BALTASAR. (*Apareciendo como distraido*).
Ya el acto se consumó...
Pero ¡calle!... ¿luz aquí?...

MARÍA. ¡Cielos!

BALTASAR. ¡Oh!...

MARÍA. ¡Un hombre!

BALTASAR. Sí.

MARÍA. ¡Un ladron!
BALTASAR. ¡Un ladron, nó!
Bien que se estima en muy poco
quien amor á oir le obliga
á que una mujer le diga
nó ladron, pero sí loco.
MARÍA. Loco...
BALTASAR. Sí; pues á favor
del incendio que me abrasa,
entré en esta oscura casa...
MARÍA. Como entrara un malhechor.
BALTASAR. Mejor dijera, María,
pues no entiende á lo que vengo,
que entré... como en abolengo
propio, cualquiera entraria.
MARÍA. ¡Baltasar!
BALTASAR. Usted me obliga,
pues que sabiendo quien soy
sabe tambien que no voy
más que en busca...
MARÍA. ¡No lo diga!
BALTASAR. ¿Por qué nó, si ello es verdad,
si noche y dia no ceso
de sufrir por verme preso
de tan triste realidad;
si su imágen celestial
siempre teniendo á mis ojos
me agita en un mar de abrojos,
en una hoguera infernal?...
¿Por qué nó, si he de morir
de ésta sed insaciable
ó he de triunfar...
MARÍA. ¡Miserable!
no le quiero á usted oir.
BALTASAR. No fué hablarla mi intencion;
vine en aras del despecho
á poner junto á su lecho
mi postrera condicion.
Cuando en esta estancia entré
estaba sola y sombría,
y en prueba que no queria
ni aun verla, escribí á usté.
Mas, en fin, por abreviar,
pues con usted solo me hallo,
quiero aquí escuchar el fallo
de sus lábios...

MARÍA. ¡Baltasar!
BALTASAR. Quiero que usted sin tardanza
ahora mismo se decida
entre la muerte ó la vida;
su amor ó mi cruel venganza...
Por su amor ofrezco loco
de oro y riquezas tal suma
que aunque reina se presuma
se presumirá usted poco.
Palacios, coches, diamantes,
cuantos fueren sus antojos,
cuanto apetezcan sus ojos
ó sus sueños delirantes,
todo por ser usted mia
lo ofrezco con fé sincera...
todo, y lo que no tuviera
por usted lo robaria.
MARÍA. Calle el hombre miserable,
que teniendo digna esposa
propone dicha afrentosa
á una doncella intachable.
Cuente que en su pasion loca
su deber y mi honra unidos
si á mí me cierran los oidos
á usted le tapan la boca.
BALTASAR. Sólo una palabra más.
MARÍA. Dígala usted sin demora.
BALTASAR. ¿Puede este hombre que la adora
siquiera esperar?...
MARÍA. ¡Jamás!
BALTASAR. Pues ya terminé... Mañana,
cuando los suaves albores
del sol, borden sus primores
al través de esta ventana,
y oiga la dulce armonía
de las aves cariñosas
que con lenguas amorosas
saluden cantando al dia,
piense, que en nombre del rey,
y porque me place á mí,
vendrán á echarles de aquí
por deudas de mala ley.
De esta casa soy el amo...
y el ajuar de esta mansion
tambien se halla á la eviccion
del derecho que reclamo:—

y así sin pan, sin hogar,
sin trabajo y sin dinero,
pronto volverla á usté espero;
entre tanto... ¡á mendigar!

MARÍA. ¿Nada más?... Pues á su vez
escuche usted, potentado,
el derecho que hay sentado
en favor de la honradez.
Cuando yo en la noche oscura
teniendo por lecho el suelo,
por alcoba el ancho cielo,
por abrigo mi honra pura,
sienta de la suerte impía
toda la fiera inclemencia,
y en la más triste indigencia
demacrada, yerta y fria,
el tempestuoso aquilon
me envuelva entre escarcha y nieve...
¡me bastará con que lleve
mi mano á mi corazon!
No sentiré, pues no cabe,
en mi pecho el cruel tormento
de ningun remordimiento;
en cambio usted... ¡quién lo sabe!

BALTASAR. Señora, voy á partir;
hasta más ver. (*Dirígese á la puerta del foro*).

MARÍA. ¡Baltasar! (*Deteniéndole con un ademan*).
por donde ha podido entrar
es por donde ha de salir:
que hay abolengos, señor,
que puede, en su usanza vana,
arrojar por la ventana
cualquiera... á su posesor.

(*Váse Baltasar por la ventana y María cierra sus puertas con fuerza. Despues se sienta junto al velador, abatida*).

ESCENA VI.

MARÍA *sola; luego* ENRIQUETA, *que desde el principio de la escena aparece en el umbral de la puerta del foro.*

MARÍA. ¡Padre y hermana queridos!
¡cómo insulta la riqueza

de esos hombres fementidos
el honor y la pobreza
que no comprenden unidos! (*Llora*).
¿Cómo en trance tan horrible
y en esta angustia indecible,
vacilante y casi yerta,
puedo, sin caerme muerta,
ir á la calle? ¡Imposible!;
No puedo salir de casa;
ó el sueño me está rindiendo
ó es la fiebre que me abrasa:
no sé, nó, lo que me pasa,
no sé lo que estoy sintiendo. (*Apoya la cabeza entre sus manos de codos en el velador*).

ENRIQUETA. (*Acercándose lentamente*).
Duerme; no me extraña, nó:
tras de tanto desconsuelo
harto lo comprendo yo;
si la infeliz no murió
es que es un ángel del cielo.
(*Llamándola*). Señorita... No respira.
¡Ah; si estará desmayada!
Señorita...

MARÍA. (*Distraida*). ¡Inés amada!
¡padre del alma!

ENRIQUETA. ¡Delira!...
¡pobre niña infortunada!

MARÍA. ¿Quién hay aquí? (*Levantándose*). ¡Ah!

ENRIQUETA. Perdon
si la interrumpo en su sueño.
Es por pedirla un pequeño
favor...

MARÍA. (*Aparte*). ¡Oh! en qué ocasion...
Señora...

ENRIQUETA. Es un empeño
que hace algunos dias tengo
de emprender ciertos labores.
y aquí, señorita, vengo
informada, le prevengo,
de sus hábiles primores.

MARÍA. Señora, tal vez usté...
se equivoque...

ENRIQUETA. No lo creo:
que informes tales tomé
que estoy segura encontré
en usted lo que deseo.

Así pues, sin más perder
el tiempo en escusas vanas,
dígame su parecer, (*Presentándole unos labores*).
¿cuántas de estas puede hacer
por meses ó por semanas?...

MARÍA. ¡Oh, cielos!

ENRIQUETA. A su albedrío;
de todas clases, variadas:
en su habilidad confío,
su parecer será el mio
con tal que estén bien bordadas.

MARÍA. Esto, señora, no es justo;
sírvase usted...

ENRIQUETA. Ya lo he dicho,
su gusto ha de ser mi gusto,
pues desde ahora me ajusto
á su artístico capricho.

MARÍA. Es el caso que...

ENRIQUETA. No entiendo.

MARÍA. Que hay aquí muchas trencillas; (*Examinando*).
pespuntes y cadenillas,
y... á la verdad; no teniendo...
máquina...

ENRIQUETA. ¡Ah! ya comprendo.
Cierto que se necesita.
Mas, yo tengo; no apurarse
por tan poco, señorita.
(*Aparte*). Lo preví... ¡Alma bendita...
Pueden, además, comprarse!

MARÍA. Somos pobres.

ENRIQUETA Pero honradas.

MARÍA. ¡Ah, señora!

ENRIQUETA. La pobreza
y la honradez hermanadas...

MARÍA. Pueden tambien humilladas
creërse ante tal largueza...
(*Cambiando de tono*).
No se ofenda, si ignorando
con quién hablo, como loca,
palabras suelta mi boca
que están mis ojos negando
y que el corazon revoca...
Si no es sueño lo que he oido
ni es usted una vision,
su noble proposicion
repita usted, se lo pido,

señora, por compasion.
Pues cuando el reo en capilla
contempla la imágen fiera
del verdugo y su cuchilla
que ya levantada brilla
esperando que le hiera,
si de pronto en su amargura
el eco una voz extiende
que á sus oidos murmura
¡perdon! ¡oh!... tanta ventura
el reo no la comprende...
No quiera usté adivinar,
señora, porque hablo así.

ENRIQUETA. ¡Nó, nó! Yo sé respetar
los motivos del pesar
que la aflijen... Vine aquí
en el único concepto
de encargarla estos labores;
nó á exacervar sus dolores...
Si usted acepta...

MARÍA. ¡Si acepto,
señora!... ¡De mil amores!... (*Le besa la mano*).

ENRIQUETA. Hemos, pues, ya terminado;
ahora, señorita, espero
que admita usted de buen grado,
sin ofensa, este dinero... (*Poniendo un monetero en su mano*).
por las sedas del bordado.

MARÍA. Señora... (*Aparte*). Esto es un sueño.
Ruego á usted que me permita
saber su nombre.

ENRIQUETA. (*Aparte*). Qué empeño...
Yo soy la esposa del dueño
de esta casa, señorita.

MARÍA. ¡Oh! (*Dejando caer el monetero sobre la mesa*).

ENRIQUETA. (*Dándole un beso en la frente*). Tranquilícese usted,
y enjugue su triste lloro... (*Vase*).

MARÍA. (*Despues de larga pausa y meditando*).
En este caso, este oro
es la recompensa de...
¿Será el tomarlo desdoro?...
Atribuir á su intencion
tan vergonzosa bajeza
¡oh! fuera en mí una vileza
que no cabe... ¡Corazon,
no perturbes mi cabeza!
Seria torpe desden

y orgullo insensato y bajo
renunciar tan alto bien...
¡Yo te bendigo, trabajo,
á tí, y á ese ángel tambien! (*Váse por la puerta del fondo*).

ESCENA VII.

ROBERTO *seguido de un* CRIADO *que llevará una máquina de coser.*

ROBERTO. De la calle estoy seguro;
no me equivoco de piso;
de la habitacion tampoco;
luego que es aquí de fijo
deduzco yo...

CRIADO. Me parece
lo mismo á mí, señorito.
Llame y saldremos de dudas.

ROBERTO. ¡Ah de casa!... Poco trigo
debe haber en la alacena
de estos señores vecinos,
cuando con la puerta abierta
la abandonan tan tranquilos.
Deja, pues, aquí esta máquina, (*Señalando*).
y baja por la otra, Perico.

CRIADO. Pues aquí queda, que vuelvo. (*Deja la máquina junto al costurero y váse*).

ROBERTO. Yo me aguardaré un poquito.
Por supuesto, que es inútil
si bien el caso examino,
puesto que me advirtió el dueño
que no he de exigir recibo,
ni de decir quién me manda,
y tener cerrado el pico
como un difunto, lo cual...
Mas ¡calle! ¿qué es lo que miro? (*Reparando en el monetero*).
¡Un monetero! (*Cogiéndolo*). ¡Bien pesa!
¿Será cobre?... (*Abriéndolo*). ¡Vive Cristo,
pues está repleto de oro!...
Si yo no fuese buen chico,
vaya una magna ocasion
para hacerme de improviso,
con tal hallazgo... ¡Diablos!
¡primero me haria añicos!... (*Deja el monetero*).
Pero esto está abandonado;

pudiera entrar algun pícaro
y sin reparo ninguno
zamparse esto en los bolsillos...
Nada, nada; voy á ver
si encuentro por los pasillos
alguna alma que me informe
donde están los inquilinos. (*Sale por la puerta del foro, pero dirigiéndose por la derecha*).

ESCENA VIII.

INÉS *y* D. JUAN *que entran por la izquierda del foro.—*INÉS *con el velo en la cara.*

INÉS. (*Con tristeza*). Esta nuestra casa es.
(*Llamando*). ¡Padre; padre!... Caballero,
habrá salido, y yo espero
que no tardará. Así, pues,
si á esperarle usted se allana
un cortísimo momento,
sírvase tomar asiento... (*Presentándole una silla*).
D. JUAN. Señora, de buena gana.
INÉS. ¡Dios mio! (*Reparando en la máquina y demás objetos*).
D. JUAN. (*Examinando*). ¿Esta es su casa?
INÉS. ¡La misma! (*Con turbacion*).
D. JUAN. Mucho me extraña,
porque ó bien usted me engaña
ó...
INÉS. ¡No sé lo que me pasa!
D. JUAN. Me pidió usted compungida
una limosna... y no en vano;
pero como yo á la mano
no hago limosna en la vida,
por creerla insuficiente
ó por no alentar el vício,
quise formar mi juicio
para hacer el bien consciente...
No comprendo con qué mira
permitió usted que viniera;
¿fué acaso para que viera
comprobada una mentira?... (*Señalando*).
INÉS. ¡Mentir yo!
D. JUAN. Salta á la cara.

INÉS. Antes, señor, que tal mengua,
yo misma mi torpe lengua
de la boca me arrancara.

D. JUAN. ¿Cómo, pues, me explicaré
lo que con llanto á raudales
doliéndose de sus males,
señora, me contó usté?
O yo lo entendí al revés
ó ni aun luz usted tenia,
y aquí arde una bujía (*Señalando*).
á la vista de otras tres.
«¡Todo empeñado!...» gimiendo
me decia en sus enojos;
y aquí, estos dijes ó antojos (*Señalando*).
la están á usted desmintiendo.
«¡No hay trabajo en parte alguna!
»¡las máquinas nos derrotan,
»nos aniquilan y explotan!...»
Y aquí, señora, veo una. (*Señalando*).
Pues así á juzgar tambien
me atrevo en lo concerniente
al desáhucio, que quien miente
por uno miente por cien.
En resúmen... (*Levantándose*).

INÉS. ¡Caballero!

D. JUAN. Explique usted á qué viene
pedir limosna, quien tiene
repleto así un monetero. (*Levantándolo y haciéndolo sonar sobre la mesa*).

INÉS. Señor, no sé qué decir;
si estoy soñando ó despierta...
pero aquí me quede muerta
si yo he podido mentir.
Cuando á la calle salí
juro á usted por esta cruz
que ni trabajo, ni luz,
ni pan, ni nada habia aquí.
Si después de mi partida
algun milagro se ha obrado,
yo lo ignoro, y lo he jurado
con derecho á ser creida!...

D. JUAN. (*Aparte y examinando el monetero*).
¡Este monetero, ¡oh Dios!
le conozco!... ¡Vive el cielo!
levántese usté ese velo
y hablemos claros los dos.

INÉS. Mientras que usted alimente

una sombra, una tan sólo
de sospecha, en mí, de dolo,
no me verá usted la frente;
que en su límpida tersura
aün nunca se han fijado
ojos que hayan sospechado
en ella una idea impura.

D. JUAN. Ya que es usted tan discreta,
de otra persona en ayuda,
pronto volveré... (*Aparte*). No hay duda,
es de mi hermana Enriqueta. (*En ademan de irse).*

INÉS. Aguárdese si es su pecho
como yo he creido noble...

D. JUAN. Hasta luego... (*Váse*).

INÉS. ¡Alma de roble! (*Levantándose el velo*).
¡Dios mio!... ¿qué habré yo hecho
para sufrir del rubor
todo el fuego que me abrasa?...
Y ¿qué es todo esto que pasa
en mi propio alrededor?...
Padre y hermana, ¿dó estais,
que en tan terrible agonía
os llamo en ayuda mia
y en tal trance no llegais?
¡Sospechar de mi honradez
y de mi veracidad!...
¡Porqué, oh Dios, por piedad
no me matas de una vez! (*Váse por la puerta de la izquierda*).

ESCENA IX.

D. DIEGO *que entra por la izquierda del foro con una vela encendida. Despues* ROBERTO, *luego el* CRIADO.

D. DIEGO. ¡Dios aprieta, pero no ahoga!...
Hay aun séres benditos,
caritativos... ¿qué veo?
¡Luz aquí! ¿quién ha venido?
(*Llamando*). ¡Inés, María! ¿qué es esto?
¡Demasiado lo adivino! (*Apaga la vela que deja sobre la mesa*).
¡Calle! ¿y esto otro? (*Señalando*). ¡Una máquina
de coser!... ¡Señor Dios mio!...
¿Si será que en otro cuarto
me habré por azar metido?

No, nó; en mi casa estoy...
¿Y estas preseas? (*Señalando*). ¡Qué miro!
¡Un monetero! (*Lo abre*). ¡Cuánto oro!
¿qué es lo que aquí ha sucedido?

ROBERTO. (*Entrando precipitadamente*).
Gracias á Dios que al fin veo
en esta casa un sér vivo.

D. DIEGO. ¡Caballero!

ROBERTO. ¿Es usted
don Diego Perez de Urbino?

D. DIEGO. El mismo.

ROBERTO. Pues á usted busco
hace un cuarto de hora y pico.

D. DIEGO. ¿Puedo saber?...

ROBERTO. Sí señor;
voy al momento á decírselo.
La máquina que usted vé
colocada en este sitio...

CRIADO. Ahí va la otra. (*Dejándola al lado de la primera*).

ROBERTO. Con item
la que ahora trae este amigo,
per in secula seculorum
de su absoluto dominio
aquí quedan... Con que, nada;
buenas noches, y al avío,
que por mi parte, don Diego,
pongo aquí fin, con... he dicho. (*Vá á salir pero solo se va el criado*).

D. DIEGO. Caballero, usted sin duda
se ha equivocado de piso.

ROBERTO. No, señor, estoy seguro;
por lo tanto le repito
sin quitar punto ni coma
todo cuanto usted ha oido.
¡Con Dios! (*Deteniéndose*). Mas oiga; otra vez
no deje el cuarto solito,
que andan muchos rufianes
oliendo donde hay bolsillos,
ó acechando como hallarse
con ausentes ó dormidos.

D. DIEGO. Oiga usted una palabra:
yo tales muebles no admito.

ROBERTO. Usted hará lo que quiera;
este no es asunto mio.

D. DIEGO. ¿Quién le ha mandado á usted?

ROBERTO. ¿Quién?
(*Aparte*). No escapo del compromiso;

pues, ¿quien ha de ser, don Diego?
mi principal...

D. DIEGO. Entendido;
mas, ¿quién es su principal?
¿por qué razon este envío?

ROBERTO. A esto último no respondo,
á lo primero le digo:
CALLE ANCHA Y VEINTE Y UNO
DOMENECH NADAL, NARCISO.
Gran depósito de máquinas
para coser sedas, hilos,
cuero, lonas, guantes, paños,
bordar, hacer dobladillos,
calcetas, colchas y mantas,
cortinajes y manguitos,
puntillas, flecos, refajos,
y forros para vestidos,
cuanto, en fin, se hace á la mano
con la aguja de ganchillo...

D. DIEGO. Enterado estoy, de sobras,
de los extraños prodigios
de las máquinas, y ahora
añado que las maldigo,
porque ellas son el terror,
la peste y el maleficio
de las costureras pobres
que carecen de su auxilio...
Pacto tienen con el diablo,
son aliadas del hospicio,
del cementerio consortes,
y hermanas del suicidio,
guillotina de virtudes;
hospital de lazarinos,
en fin, señor, son el fondo
de todos los precipicios;
permita, pues, que le diga
otra vez, ¡que las maldigo!

ROBERTO. Don Diego, ó estoy soñando
ó usted ha perdido el juicio.
¡Hablar así de las máquinas
de coser!...

D. DIEGO. Lo dicho, dicho.

ROBERTO. ¿Lo dicho, dicho?... ¡Reviento
si ante tales desatinos
en el acto yo no pongo
el condigno correctivo!

Las máquinas de coser
son el lávaro divino
que redime á las mujeres
de la miseria y el vicio.
Resguardo de sus flaquezas
y frontera á sus hechizos
son de su virtud amparo,
de su dignidad castillo,
de su independencia honrada
la bandera y el abrigo.
Contra hospicios y hospitales
y cárceles y presidios
y otros antros que no nombro
son el más seguro antídoto.
Su inventor THIMONIÉR
mereciera, nó un paraiso,
sino mil si los hubiere,
por premio de sus servicios.
Lo propio digo de Houten,
Howen, Wilson y Perido,
Dolly-Warden y Raidmond,
de Wilcox-Gib y de Griswold,
de Hurtu, Munsson y cien otros
que este invento peregrino
como enviados del cielo
por el mundo han difundido.

D. Diego. Para quien pueda comprarlas
tal vez esté usté en lo fijo.

Roberto. No diga, señor don Diego,
semejantes barbarismos...
¿Cuántas quiere usted al punto?
¿De qué sistema? ¿Qué tipo?
¿Quiere usted la llamada Util
á mano y de un solo hilo?
La Silenciosa?... ¿Belgrávia
con prensa-tela exquisito
y sus cuarenta accesorios?
¿Quiere usted sistema Wilcox,
para cadenilla, ó bien
la Abeja con cajoncito?...
¿La elegante Non-plus-ultra
de pezpunte doble y fino,
ó la hermosa Prima-Donna?...
¿La Vogel? ¿Quiere una Wilson?
¿Una rica Bordadora?
¿La Calcetera?... Pues ¡vivo!

Pida usted por esa boca
y verá como le digo...

D. Diego. Pues bien; todo esto no vale,
caballero, ni un comino,
si no se tiene dinero
para comprarlas; concluido.

Roberto. Menguado error en que se hallan
muchas gentes, ¡vive Cristo!
se venden á todos plazos
y alquilan á precio exiguo,
y erre que erre, no saben
como adquirir su dominio,
ni ven que pueden pagarse
bien con su producto mismo.

D. Diego. ¿Y no exijen garantía?

Roberto. ¡Vaya al demonio, le digo:
ya que ignora usted tambien
que el honor es oro fino,
y en las cajas de Domenech
como tal siempre admitido!...

D. Diego. Llévese usted estos chismes
donde tengan su destino
ya que equivocadamente
aqui usted los ha traïdo.

Roberto. Señor don Diego del alma,
la he dicho á usted y repito
que estas máquinas son suyas.

D. Diego. Mas, ¿quién las ha remitido?

Roberto. Mi principal.

D. Diego. En buenhora.
No le conozco.

Roberto. Pues oido:
calle Ancha, y veinte y uno.
Domenech Nadal Narciso!...

D. Diego. Pero á él ¿quién le ha mandado,
quién le ha mandado este envío?

Roberto. No me queda ni una gota
más de jarabe de pico. (*Váse*).

D. Diego. ¡Y se va sin explicarme
la razon de este embolismo!...

ESCENA X.

D. DIEGO.—MARÍA.—*Luego* INÉS.

María. Padre, yo te lo diré.

D. Diego. Dilo, dilo con presteza,
ó yo pierdo la cabeza:
¿Qué pasa, hija mia, qué?
Yo no entiendo nada de esto:
máquinas... un monetero
lleno al colmo de dinero...
luz y velas de repuesto...
ricas telas y crespones
llenando esta canastilla;
todo aqui me maravilla
¿qué son estas variaciones?

Maria. Vas á escucharlo ahora mismo.

Inés. (*Entrando precipitadamente*). ¿Lo sabes tú, hermana mia?

D. Diego. ¡Inés!...

Maria. ¡Ah!

Inés. (*Abrazándose*). ¡Padre!... ¡María,
sácame del cruel abismo
en que esto ¡ay! me coloca,
pues, por su culpa te advierto
que si de pena no he muerto
sólo es porque soy de roca.

D. Diego. ¡Explícate por favor!

Inés. Padre; vacila mi lengua
al referir tanta mengua...
¡Me creyeron sin honor!
¡capaz de mentir!...

D. Diego. ¡Inés!

Maria. ¡Tal ultraje á tí inferido!

Inés. ¡Y ladrona me han creido
del dinero que aquí ves!...

D. Diego. Pero ¿quién?

Maria. ¡Por compasion!
¡habla! ¡dí!

Inés. ¡Oh, nó; primero
dí tú como este dinero
está aquí y por qué razon!

Maria. (*Cogiendo á entrambas de la mano y en tono narrativo*).
Padre y hermana adorables,
aun hay séres en la tierra
cuyo corazon encierra
virtudes inapreciables;
son ángeles del Señor
que saben el mal extremo
convertir en bien supremo
con sus miradas de amor.
Pues cuando aquí, casi inerte,

del dolor al paroxismo
sondeaba el triste abismo
de mi ya cercana muerte,
y en la soledad sombría
formas tomando siniestras,
de las desventuras nuestras
todo el cúmulo veía,
oí una voz... y sentí
sobre mi pecho convulso
una mano, á cuyo impulso
de súbito reviví...
voz que el arpa de Sïon
no es más dulce ni armoniosa
y que aun resuena amorosa
dentro de mi corazon,
como aquella mano aun siento
aquí posarse ligera,
que el ala de un ángel era
ó el dulce beso del viento;
voz y mano á cuyo imperio
se convirtió de improviso
esta casa, en un paraíso,
siendo poco há un cementerio.
Y tales bienes nos trajo
el sér á quien me refiero,
que, mirad: (*señalando*) si aquí hay dinero
es porque hay aquí trabajo:
fórmula santa en que ya
la caridad se concibe,
que si honra al que la recibe
ennoblece á quien la da.

INÉS. ¡Oh! vuelves, hermana mia,
á mi corazon la calma!

D. DIEGO. Pero ¿quién, quién es esa alma
angelical? Dí, Maria...

MARIA. (*Con emocion*). ¡Es la dueña de esta casa!

D. DIEGO. ¿Doña Enriqueta?...

MARIA. La misma.

D. DIEGO. Tanta fortuna me abisma.
¡Dios se lo premie sin tasa!...

MARIA. (*A Inés*). Ahora te toca á ti
relatar el cruel suceso
de tu amargura...

ESCENA XI.

Los mismos.—D. JUAN, D.ª ENRIQUETA *que se hallarán en la escena desde la declamacion de los ocho anteriores versos.*

D. JUAN. (*Interponiéndose*). ¡No!... Eso
contarlo me toca á mí...
INÉS. ¡Oh! (*Echándose precipitadamente el velo en la cara*).
D. JUAN. Muy cerca de la esquina
de esta calle solitaria
y á la luz que funeraria
la encrucijada ilumina,
divisé la sombra oscura
de una mujer que iba andando,
mal la triste sofocando
el llanto de su amargura.
Cuando junto á mí se vió
comprendí que iba á pararme;
quiso... mas no pudo hablarme;
me detuve, y se paró...
De sobras yo adivinaba
lo que la infeliz queria;
aunque ella no lo decia
su turbacion lo expresaba.
Pero haciendo un sobrehumano
esfuerzo de su valor...
«¡una limosna, señor!»
dijo, y me alargó su mano.
Creíme en realidad
ante una angustia suprema,
mas yo tengo mi sistema
respecto la caridad,
que si bien no miro á quien
miro, sin embargo, el cómo
por no arrostrar ni el asomo
de hacer mal, por hacer bien.
Aquí, pues, me trasladé,
y cual general que se halla
sobre el campo de batalla
resuelto á luchar con fé,
miré, ví... y por mi daño
formando torpe juicio.

tomé la virtud por vicio
y la verdad por engaño.
Y en lugar, cual se supone,
de combatir la pobreza,
combatí con cruel fiereza
al pobre... ¡Dios me perdone!

ENRIQUETA. Las apariencias engañan.

D. DIEGO. Y aquí hablaron de tal modo
contradiciéndose en todo
que aun ahora me extrañan.

D. JUAN. Pues fué una equivocacion
que con el alma deploro:
Inés, su perdon imploro
con todo mi corazon.
Y en señal de que su duelo
usted olvida benigna,
demuéstreme, ¡oh, alma digna!
la faz que encubre este velo,
que con ansiedad mis ojos
quiero fijar en su espejo,
quiero verme en su reflejo,
así, señora, de hinojos. (*Se arrodilla*).

INES. (*Levantándose el velo*). Levántese usted, amigo,
que aquel que con buen fin yerra,
si un alma tan grande encierra
no le inculpo, le bendigo.

D. JUAN. Gracias, mujer; gracias, sí...
(*Con embeleso*). Ya su rostro peregrino
de mi vida en el camino
borrar no podré de aquí.
Y pues sorprendo en su cara
virtud y belleza unidas,
si yo tuviera mil vidas
mil vidas la consagrara.

ENRIQUETA. ¡Juan!

D. JUAN. Hermana: esto es un hecho!
La caprichosa fortuna
á los rayos de esta luna
amor encendió en mi pecho...

D. DIEGO. ¡Qué oigo!

MARÍA. (*Aparte*). ¡Bien haya!

INÉS. ¡Señor!...

D. JUAN. Puse con intencion santa
en esta casa mi planta:
entré como protector:
mas trocándose, en verdad,

mi suerte... cuando me voy
veo que el esclavo soy
que implorando caridad
á quien limosna iba á hacer,
si no me la otorga amante
mi vida será un constante
y angustioso padecer.

D. DIEGO. Don Juan, ¡si estuviera en mí!...

MARÍA. (*Aparte*). Me da pena su agonía:
contesta.

INES. Hermana mia,
¿qué he de contestar?

D. DIEGO. Que sí.

INÉS. (*Con entusiasmo*). Pues lo digo con el alma
rebosando de ternura! (*Presenta la mano á D. Juan*).

D. JUAN. (*Besándola la mano*). ¡Gracias!

D. DIEGO. ¡Oh, cuánta ventura!

ENRIQUETA. Es de su virtud la palma...
Vivan de los embelesos
del amor, en santos lazos!

MARIA. Hermana; ¡ven á mis brazos,
que se me escapan los besos! (*Se besan con entusiasmo*).

INES. ¡Como fué verdad el sueño
de nuestro padre!...

MARIA. Sí, Inés.

INES. La fé, la fé siempre es
del bien precursor risueño.

D. DIEGO. Ayudadme, hijas, las dos
á dar las gracias ahora... (*Se inclinan delante de Enriqueta*).

ENRIQUETA. Esta es tan sólo la hora
de dar las gracias á Dios.

ESCENA XII.

Los mismos.—ROBERTO *que entra precipitadamente.*

ROBERTO. ¿A qué no se atreve usté
en vista de este incidente
á repetir nuevamente
lo de las máquinas de...

D. DIEGO. No, caballero, nó á fé;
pues declaro con franqueza.
¡con cuánta delicadeza

prestan medio á la bondad
de ejercer la caridad
sin ofensa á la pobreza! (1)

ROBERTO. Pues en esta persuasion... (*Se acerca al oido de D. Diego y finge hablarle con vivo interés*).

D. DIEGO. ¿Por qué no?... En cuanto á mí,
tiene usted desde ahora el sí.

ROBERTO. Pues no perder la ocasion:
invite usté á la reunion...

MARÍA. ¿A qué?

INÉS. Diga.

ROBERTO. ¿A qué ha de ser? (*Hace como que las habla en voz baja*).

INÉS. Ya entiendo.

MARÍA. Está bien.

ROBERTO. (*Dirigiéndose al público*). A ver
cual reciben justos loores
entre ángeles y entre flores
LAS MÁQUINAS DE COSER.

Vánse juntos por los bastidores de la derecha y acto continuo se levantará el telon del fondo, apareciendo la fachada del gran depósito de máquinas de D. Narciso Domenech y Nadal, segun la lámina que en la segunda página de la cubierta se pone de manifiesto, suntuosamente iluminada por dentro, y alternando la variedad de colores de la iluminacion.—Durante todo el tiempo de la exhibicion de esta fachada, la orquesta tocará una escogida sinfonía.

Aparecerán los actores de la última anterior escena.—D. Diego se adelantará á abrir la puerta vidriera de la casa, la cual se abrirá repentinamente en forma de abanico, y aparecerá la apoteósis final: segun la lámina que en la cuarta página de la cubierta se acompaña.

CAE EL TELON.

(1) En los teatros en que no se pueda disponer del aparato que requieren los siguientes versos, aquí caerá el telon.

NARCISO DOMENECH NADAL

CALLE ANCHA, NÚM. 21, BARCELONA.

Envios á Provincias.—Precios de Fábrica.—Por mayor y menor.

MÁQUINAS Á PIÉ PARA COSER.

La Abeja, La Belgravia Bordadora, La Brion, La Periód, La Silenciosa, La Victoria, y otras,

DE **140** Á **185** PESETAS.

Mueble entero, medio mueble y cuarto de mueble, para las máquinas de coser.—De nogal pulido a chicaranda y doradillo.—*Precios: la Máquina para Coser inclusive, de 130 á 500 pesetas.*

Mesas para las máquinas á mano para funcionar á pié.—De nogal ó caoba pulimentada, piés de hierro.—Precios: de 40 a 60 pesetas.

Mesitas y pedal de hierro, para las Máquinas á mano, pudiendo con ellas funcionar á pié. 40 pesetas.

MÁQUINAS Á MANO PARA COSER LENCERÍA,

DE DOBLE PESPUNTE Y SOLO CADENILLA.

La Abeja, La Dolly-Varden, La Expres, La Pequeña Silenciosa, La Preciosa ó Non Plus Ultra, La Prima-Donna, La Raymond, La Útil, La Wilcox y Gibbs, y La Vogel.

DE **25** Á **150** PESETAS.

MÁQUINAS Á PIÉ PARA COSER

para Modistas, Sastres, Silleros, Sombrereros y Zapateros.

SISTEMA Howe. De números **1, 2** y **3**.—De **Hurtu** y **Hautin.**—De **brazo elásticas giratorias,** de números **1** y **2.**—De **dientes ó rueda con lanzadera.**—De **grande lanzadera** y las **especiales para sombrereros.**

DE **160** Á **325** PESETAS.

MÁQUINAS PARA COSER GUANTES Y LOS SUDADORES DE CUERO DE LOS SOMBREROS.—Pueden hacerse **diez y ocho pares de guantes en ocho horas.** —*Precio: 400 pesetas.*

MÁQUINAS Á PIÉ Y Á VAPOR para coser Sacos y Velas de Buques, para Guarnicioneros, Talabarteros y otros oficios.

DE **300** Á **1,800** PESETAS.

Hilos superiores. Agujas acreditadas. Sedas buenas.

Aceites y Esencias superiores y piezas sueltas para todas estas máquinas.

PRECIOS REDUCIDOS.

MÁQUINAS Á MANO PARA HACER CALCETA.

Sirven para toda clase de labores de punto de aguja, y su resultado es superior al hecho á mano con mayor suavidad y sencillez.

Estando practico en su movimiento, pueden hacerse **tres docenas de pares de calcetines en ocho horas.**

De 160 á 225 pesetas.

Se garantizan estas máquinas y se enseña gratis á trabajar en ellas a los compradores.

MÁQUINAS DE VAPOR Á GAS.—Este útil aparato puede aplicarse á cualquiera de las Máquinas para Coser, funcionando con regularidad y su trabajo es perfecto y acabado.—225 *pesetas.*

PRENSAS TIPOGRAFICAS PARA IMPRIMIR A MANO.

De reconocida utilidad para Academias, Audiencias, Ayuntamientos, Bibliotecas. Capitanías Generales, Casinos, Colegios, Comandancias de Marina y Militares, Comerciantes, Corporaciones, Diputaciones, Empresas de Teatros. Fabricantes, Gefes Militares que mandan Cuerpo, Gobiernos Civiles y Militares, Institutos de Enseñanza. Universidades y particulares que diariamente hacen uso de ellas. Pueden imprimir, las grandes. 29×18 centímetros materia impresa. A la prensa se acompaña su caja-estuche, la letra y demas accesorios. **PRECIOS:** de **175** a **225 PESETAS.**

GLORIA
AL GENIO A LAS ARTES
Y A LA INDUSTRIA

BARCELONA
C. ANCHA. 21

BARCELONA
C. ANCHA. 21

DOMENECH NADAL NARCISO